

El profesor Blanco y su nueva aventura

La barca "Evalu", que atravesó el Atlántico desde Boston a Barcelona, emprenderá en breve un viaje alrededor del mundo, llevando a bordo a Enrique Blanco, a su hijita y a una, incógnita hasta ahora, personalidad catalana.

Un escaparate de la Librería Española, en la Rambla del Centro. Concreción de curiosos. Nos alzamos, dirigimos la visual entre dos cabezas casi pegadas.

En el escaparate... unas banderolas; un rollo de cuerda con sus poleas de madera, un fanal rojo de situación... cosas del arte de navegar. En medio un libro abierto: grandes hojas manuscritas con lápiz. Total: Trofeos del "Evalu", el frágil barquichuelo a bordo del cual el profesor Enrique Blanco con su esposa y una hijita atravesaron el Atlántico desde Boston hasta Barcelona.

Anúnciase entre los trofeos marinos un libro de gata portada: "La gesta del Evalu" por Enrique Blanco. Y se advierte al público que el profesor en persona está en el establecimiento y firma los ejemplares de su libro que sean adquiridos.

Enrique Blanco, el profesor Blanco, el segundo Alain Gerbault, nos recibe con su cordial sonrisa cuadrada en el cuadrado rostro pulcramente rasurado.

Continuamente nuestra conversación es interrumpida por los compradores del libro que se acercan a éste con la primera página del volumen abierta, en demanda de la dedicatoria: "Cordialmente".

Son gentes de todas las clases y de

todos los matices. Ahora ha sido un marino de la Barcelona que se ha acercado con su libro en la mano callosa. Después una distinguida señora con su hija, elegante muchacha...

La pequeña "Evalu"—siete años risueños en unos ojos inquietos, negros y brillantes—mariposea por la librería hojeando revistas. Cuando una señora lo solicita, la pequeña Evalu agarra la pluma-fuente, hace unos mohines y deja su firma, rubricada con un trazo recto, horizontal y seguro, bajo la de su padre, en la primera página del libro. Después sonríe, se pone serietica luego y vuelve a hojear las revistas, preferentemente inglesas.

—¿Qué hay de ese viaje alrededor del mundo?—preguntamos al profesor Blanco.

—Pues que según mis propósitos, comenzará muy en breve—nos contesta sin vacilación.

—¿A bordo del "Evalu"?

—Desde luego.

—¿Y con igual tripulación?

—Con un cambio. Mi esposa se que-

dará en Barcelona y en su lugar vendrá otra persona...

—¿Ya designada?

—Sí y no. Falta que se decida. Esto es aún un interrogante. Desde luego iremos mi hijita, yo, y esa "otra persona", significada personalidad catalana.

—¿Y qué recorrido piensan hacer?

—La vuelta al mundo completa. Salida de Barcelona hasta Canarias, de allí a Cuba, Río Janeiro, Buenos Aires, Cabo de Hornos. Luego la Oceanía, recorriendo todas sus islas e islotes...

—¡Magnífico! —exclamamos interrumpiendo al profesor Blanco.

—Magnífico, desde luego—afirma con entusiasmo. Y añade: Por allí pienso detenerme algunos meses. Merece la pena. De Oceanía pasaremos a Australia; de Australia a...

Y sigue enumerando un itinerario de fantasía... para nosotros, pobres hombres anclados en los prejuicios de la tierra firme.

—¿Qué tiempo piensa usted invertir en el "raid"?

—Dos años... cuatro años... cinco. Quién sabe!

—Hablando de otra cosa, profesor. ¿Qué "promedio" ha hecho usted escribiendo "La gesta del Evalu"?

—Un mes. Claro que me he servido del diario de a bordo en el que constan día por día todos los incidentes y recuerdos del viaje. Me he limitado a glosar...

—La pauta escrita en inglés—apuntamos.

Y con lápiz—completa el profesor Blanco, riendo.

—¿Qué le parecen a usted "nuestras" corridas de toros? Les vi a ustedes hace unos meses en un palco de la Monumental.

—Si no fuese por los caballos... ¡Usted me comprende!

—Ya. ¿Y qué le va pareciendo su tierra?

—Magnífica. El profesor Blanco nos expone sus impresiones, sus proyectos. Toda la gama espiritual de este catalán que retó y venció al Atlántico y que ahora va a navegar de extremo a extremo el Océano entero, se explana en una conversación que ha durado buen rato. Nos despedimos.

ARTURO P. FORISCOT

(Colaboración de EL AUTONOMISTA)

PROBEU
el
Xampany Gelamá
Grans Caves a Vilajuiga
Agent exclusiu per la provincia de Girona:
Modest Lladó
Hotel St. Sebastià. — Palafrugell

CONSULTORI — **JUBERT**
MÉDIC - QUIRÚRGIC
Malalties de les criatures.
Malalties de la pell.
Cirurgia infantil. — Cirurgia dels ossos
Diagnòstics.
TRASLADAT:
PLAÇA CONSTITUCIO, 7 PRAL.

J. M^e. BUTIÑA GUIMERA
Médico - Cirujano
— MEDICINA GENERAL —
Horas de consulta:
De 11 a 1 de la mañana y de 4 a 6 de la tarde
Contratos por iguales
Calle de las Huertas, 16, 1^o.
Gerona

—SE VENDE un acreditado establecimiento de camisería y géneros de punto.— Informarán Avenida Alvarez de Castro, 1.— (Antes Hospital).

—EN LA PLAZA DE TOROS.— Grandes locales para alquilar propios para sierras, cemento armado, taller de carrocerías, etc.—Hay instalación eléctrica de gran potencia y agua abundantísima.

Pisos con huerto
para alquilar, en Palau Sacosta. — Razón: Miguel Vich. Ronda Fernando Puig, núm. 8. Gerona.

—TIENDA de comestibles muy céntrica se vende.— Razón en esta administración.

Rheinmetall
LA MARCA DE CALIDAD
Solicito Representantes

LLORENS CASTELLÓ
APART. 1. PALAMÓS (GERONA)

Folleto de EL AUTONOMISTA N.º 429

R. ORTEGA FRIAS

LA AGONIA DE UN DESPOTA

Publicación autorizada por la "Editorial Castro, S. A." — Apartado de Correos, número 3. CARABANCHEL BAJO. — (Madrid).
Prohibida la reproducción

—Creo de buena fe que la justicia lo busca y que no consigue descubrirlo.

—En estos momentos no busco a nadie.

—Es verdad, en estos momentos...

—Quiero decir que ahora, en estos días, no busco a ningún criminal.

—Pues bien, os advierto que yo buscaré al asesino de mi hermano, y que tengo la seguridad de encontrarlo pronto, en cuyo caso vos...

—No os molestéis, don Juan — interrumpió el alcalde.

—¿Que no me molestéis!...

—Porque no es menester.

Don Juan fijó una mirada de extrañeza en don Fernando y replicó:

—No os entiendo.

—Os hablo con mucha claridad.

—Digo que voy a buscar al asesino de mi hermano...

—Y os aconsejo que no os molestéis.

—¿Y por qué?

—Por la sencilla razón—repuso don Fernando—de que el asesino de don Felipe de Ramales se encuentra en poder de la justicia.

¿Qué debió sentir don Juan al oír esto?

Quedó inmóvil y con la mirada fija en el alcalde.

Nerviosa palidez cubrió su rostro. Se iluminaron sus pupilas.

Pasaron algunos minutos sin que pudiese pronunciar una palabra.

¡Preso don Guillén!...

Y decimos don Guillén, porque el caballero creía siempre que don Guillén era el asesino de don Felipe.

¿Lo engañaba don Fernando?

No era posible que mintiese un hombre tan grave, tan escrupuloso y tan severo.

—¡Que ya está preso el asesino!— exclamó al fin.

—Veo que la noticia os ha producido un verdadero trastorno.

—Y nadie mejor que vos puede comprenderlo.

—Os alegraréis, como es muy natural.

—Sí, porque ese hombre...

—Sufrirá el castigo que merece, pues yo no tuerzo la vara de la justicia, aunque vos hayáis puesto alguna vez en duda mi rectitud.

—No, caballero.

—Sí.

—Os empeñabais en creer...

—Mis creencias nada significan ni las vuestras tampoco.

—Por eso he pedido que la justicia se atenga a las pruebas.

—Y las he buscado, encontrándolas al fin tan claras y terminantes, que no dan lugar a duda.

—¡Oh!...

—No puedo deciros ahora más.

—Pero...

—Mis deberes me prohíben daros otras explicaciones.

—Si me habéis dicho lo principal...

—Perdonad, señor Ramales, y no llevéis a mal que os ruegue que me dejéis porque tengo mucho que hacer.

—¿Y sabe el rey que...?

—Supongo que sí.

—¡Que lo suponéis!...

—Por eso os pregunté si os había hablado de algún asunto en que yo tuviese algo que ver.

—La noticia es de tal importancia, que debe conocerla todo el mundo.

—Os equivocáis.

—¿Desde cuándo está preso ese hombre?

—Repito que no puedo daros más explicaciones ahora.

—Sus amigos deben estar desesperados.

Hizo el alcalde un gesto de indiferencia y dijo:

—No me ocupo de los amigos de los criminales, ni siquiera de sus parientes.

—Sin embargo...

—Cumpló mi deber y me olvido de lo demás.

—Vuestra serenidad raya en la exageración.

—¿Y os desagrada?

—En estos momentos sí, porque no queréis darme más noticias.

—Pero en cambio os doy ejemplo para que os dominéis y tengáis calma, pues aún es posible que la necesitéis. Estas palabras eran muy obscuras.

Quiso replicar el señor de Ramales pero don Fernando le rogó otra vez que lo dejase, porque necesitaba aprovechar el tiempo.

Preciso era someterse.

De todas maneras ya sabía el caballero lo de mayor interés, es decir, que preso estaba el asesino.

Con palabras muy corteses despidió del señor de Montalbán y salió.

Sus ojos continuaban relumbrando con el fuego de la más viva alegría.

Ya estaba seguro de que muy pronto vería satisfecha su sed de venganza.

Cuando atravesaba la calle de la Almúdena, encontró algunos amigos.

Les preguntó si ya sabían que preso estaba don Guillén de Castro.

Miraron a don Juan con profunda sorpresa, y le respondieron:

—¡Preso don Guillén!... Hay quien dice que está en Madrid, pero se oculta y nadie lo ve.

—Por fin lo ha descubierto la justicia.

—Cometió una gran locura al volver a España.

—Su misma audacia lo ha perdido.

—¡Pobre caballero!

—¿Lo compadeceis?

—Sí, don Juan, porque seguimos creyendo que no asesinó a vuestro hermano.

Siempre que de este asunto hablaba el señor de Ramales, oía con poca diferencia lo mismo.

De sus amigos se separó. Encontró a otros.

Volvió a preguntar si sabían lo de la prisión de don Guillén.

Empero todos escuchaban con sorpresa y hasta manifestaban su disgusto.

A su casa se encaminó el caballero. Satanás había encendido en su alma la pasión ruín del odio, y así se explica que se regocijase al pensar lo que sufriría doña Isabel cuando recibiese la noticia.

Efectivamente, el golpe debía ser terrible, no solamente para la huérfana, sino para la esposa de don Juan.

Este no esperaba para repetir las palabras del alcalde.

Aunque el error había de desvanecerse, por de pronto la huérfana y su amiga sufrirían lo que apenas se con-

ta y nadie lo ve.

—Por fin lo ha descubierto la justicia.

—Cometió una gran locura al volver a España.

—Su misma audacia lo ha perdido.

—¡Pobre caballero!

—¿Lo compadeceis?

—Sí, don Juan, porque seguimos creyendo que no asesinó a vuestro hermano.

Siempre que de este asunto hablaba el señor de Ramales, oía con poca diferencia lo mismo.

De sus amigos se separó. Encontró a otros.

Volvió a preguntar si sabían lo de la prisión de don Guillén.

Empero todos escuchaban con sorpresa y hasta manifestaban su disgusto.

A su casa se encaminó el caballero. Satanás había encendido en su alma la pasión ruín del odio, y así se explica que se regocijase al pensar lo que sufriría doña Isabel cuando recibiese la noticia.

Efectivamente, el golpe debía ser terrible, no solamente para la huérfana, sino para la esposa de don Juan.

Este no esperaba para repetir las palabras del alcalde.

Aunque el error había de desvanecerse, por de pronto la huérfana y su amiga sufrirían lo que apenas se con-

cibe. Dios sabe lo que podía costarles aquella emoción...

CAPITULO CXXIV

Una sorpresa que aturde a don Juan

Entró don Juan en su casa, llamó a su criado Julián, y le dijo: —Mírame bien el semblante.

—No está lo mismo que cuando salísteis.

—¿Qué crees que me ha sucedido?

—No lo adivino, señor; pero lebe ser muy agradable, porque en vuestros ojos se pinta la alegría.

—No te equivocas.

—Si puedo saberlo...

—Ya se acabó la lucha.

—¡Señor!...

—Ya concluyeron nuestros temores. Una mirada de asombro fijó el sirviente en don Juan.

Este añadió con vehemencia: —¿Aún no adivinas?

—Mi torpeza confieso.

—Pues bien, don Guillén de Castro se encuentra en poder de la justicia.

—¡Preso don Guillén! — exclamó Julián.

—Sí.

—Imposible.

—Y no me equivoco, no me deo llevar de mis ilusiones, porque la noticia me la ha dado el mismo alcalde don Fernando de Montalbán.

—¡Ah!...

—El asesino de mi noble hermano sufrirá el castigo que merece.

—Quitarle la vida.

—Y aún es poco para que su deuda pague.

—Juro que he de ir para complacerme en verlo morir.

—Yo también.

—Supongo que su criado Ferrán...

—Nada sé.

—Habéis debido pedirle más noticias a don Fernando.

—Lo hice, pero me respondió que no le estaba permitido dárme las.

—Lo siento, y mucho más sentiré que el viejo criado haya conseguido escaparse.

—Lo que más nos importa es que muera don Guillén de Castro.

—Pero yo no olvido las burlas del escudero, y os aseguro que no se las he perdonado ni se las perdonaré. En

EDITORIAL CASTRO S.A.
Tel. CASTROBÓ. - Apartado de Correos, 3. - Agueda Diez. 5
CARABANCHEL BAJO. (Madrid)
Si Vd. es amante de la lectura, si desea adquirir una interesan-
novela,
SUSCRIBASE A
El hijo de la obrera-Los golfos de Lavapiés
Por el amor de un hombre
El diablo en palacio.
o pida un catálogo para elegir entre los 300 títulos disponibles
También contamos con un vasto catálogo de LIBRERIA
GENERAL; obras de Filología, Historia, Ciencias, Artes, Lite-
ratura, y servimos cuanto se nos pida, pertenezca o no a nues-
tro fondo
Se precisan corresponsales — GRANDES DESCUETOS